



De lejos y a mi alrededor

Calles de la ciudad

Carlos Caco Ceballos Silva

PRIMAVERA, 2001. Por 1963 camino agradablemente por la avenida Pino Suárez, admirando su bonito, firme y reluciente empedrado, su camellón saturado de vegetación verde y reluciente, pues acaba de caer un fuerte aguacero de los del mes de julio. La profusa iluminación de que fue dotada, posteriormente le da un toque de alegría y buen gusto.

Recuerdo la antigua Pino Suárez de 9 metros de ancho que todos conocíamos como la Calle Nueva, primero con su vía por donde caminaba el tranvía de mulitas que nos llevaba a los capitalinos a Villa de Álvarez a cenar sopitos alrededor del jardín. Años después se jubilaron las mulitas y los tranvías siguieron caminando con ruidosos motores de tractorina. La modernidad desgraciadamente llegó a Colima y levantó la vía del ferrocarrilito urbano y empezaron a correr los verdes, que les costaba trabajo voltear para entrar a la 16 de Septiembre, así que movimientos para atrás para adelante y casi subiéndose a la banqueta para enfilar la citada calle.

En 1941, el comité de construcción de la ciudad, con motivo del temblor del 15 de abril, integrado por los señores Enrique Ceballos, Eduardo Brun, doctor Salvador González y Manuel Sánchez Silva, tuvo la visión de que al ir arreglando las casas caídas fuera ensanchándose la calle a costa de los grandes corrales que todas las casas tenían en parte posterior, y así fue como años después tenemos una bonita avenida pavimentada que empieza en el jardín de San Francisco y termina a la salida de Coquimatlán, siendo los últimos tramos correspondientes a la Javier Mina.

Recordando lo pasado, no olvido la tienda Campo 4, de don Aurelio Arce y la Violeta de don Chano Terrones, las dos ubicadas por la 5 de Mayo esquina con la calle nueva; la Tienda Colorada, actualmente supermercado, una carnicería que todavía se localiza entre la Manuel Álvarez y Miguel Galindo y el tendajón de Margarito, al lado de las pailas de Arceo, de donde allá por la década de los treinta sacaba el Sonrosado los magníficos panes

Indio y González.

Por el norte, se unió con el periférico, actualmente avenida De los Maestros, y hacia su derecha encontramos la calle M. Herrera, que años atrás era un callejón casi desierto. Empezaba en el río Colima, estando a un lado el baño de los caballos, lugar de referencia, sobre todo porque los chamacos constantemente se veían bañándose en aquel grande y hermoso estanque que aunque bañaban a los caballos que entraban por una rampa empedrada, no era obstáculo para la diversión de la chamacada de la barriada.

Más adelante había hermosas y exuberantes huertas como la de Álvarez y del Crucero, y así como humildes casitas. A su terminación, estaba el templo de San Francisco y frente a éste se localizaba la huerta del mismo nombre, propiedad de la hermana del general Torres Ortiz, y de su esposo, un gringo llamada Jim, pero que todos lo conocían como

El Gringo.

Año después, todo esto se convirtió en una amplia calle pavimentada que ha servido de gran ayuda para la circulación e instalación de muchos y variados negocios. Esta misma continuaba hacia la Villa, hasta la panadería del Buen Viaje, atendida por el amigable y buen panadero *El Chococo*, y que precisamente es la división entre los municipios de Colima y Villa de Álvarez. Ésta, igual que las anteriores, de callejón, pasó a calle, por donde también circulaba el tranvía de mulitas y que daba vuelta en la esquina de las Quince Letras, después de pasar por el cerrito de Naracoyan, para luego voltear nuevamente y enfilar directamente a su Terminal, en el jardín de Villa de Álvarez.

Todos los datos y referencias me las proporcionó gentilmente el señor René Serrano Gómez, en una interesante narración que me mandó, así es que el suscrito solamente la “maquilló”, agregándole uno que otro dato.

* *Empresario, historiador y narrador.* †

Narciso Sapiens

Miguel Ángel León Govea

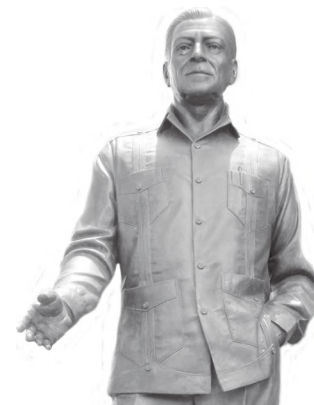
Cada vez que intento tocarme muero.

Así construí Babel
o desobedecí a mis alas de cera
o inventé la patria.

Quiero descubrirme mi rostro
y aparece el reflejo.

Mis palabras me confunden
en fragmentos.

Miente la historia:
no iba tras mi belleza.
Simplemente quise conocerme
y terminé en la muerte.



Un disparo imprudente

(2 de julio de 1961)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA

Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ▶ 4

2497

DOMINGO 3 DE JUNIO DE 2018

Bailarina con ramo de flores en escenario, Edgar Degas.



ESCRIBEN: Pastora Amezcua, Luis Enrique Araoz, Guadalupe Coronel, Grace Licea, Armando Martínez Orozco, Jazmine González, Miguel Ángel León, Yunuén Cuevas, Leopoldo Barragán y Carlos Caco Ceballos.

DIRECTOR GENERAL: ARMANDO MARTÍNEZ DE LA ROSA

COORDINADORA: ÉRICKA MARGARITA TREJO

Imágenes: Fotos de Archivo.

Correo: diarioagora@hotmail.com



Jirafa en llamas, Salvador Dalí.

Delirios por calor

Pastora Amezcua

¿TE has fijado que cada vez hay más “locos” deambulando por las calles? Mi mamá dice que son drogadictos, gente sin futuro y todas esas cosas. Yo tengo otra teoría: es el calor.

Y es que cómo no pensar que eso tiene consecuencias terribles en nuestras mentes, cómo huirle, cómo pensar cuando todo el cuerpo se siente pegostoso, cuando lo único que quieres son pretextos para abrir el *refri* y tomarte una cerveza...

Nada más el otro día veía a uno de ellos metiendo los pies en una fuente. Sonreía y casi chapoteaba. Me dieron ganas de acompañarlo, en serio, pero esta mente medio cuerda me recordó que esas cosas no se permiten, que a lo mejor pasaba una patrulla, que me cobrarían una multa. Detuve el pensamiento y seguí en el baño sauna en que se convierte el coche al mediodía... ¿y para qué prende uno el aire acondicionado en una ciudad en la que llegas a todos lados en 15 minutos? Apenas te estás refrescando cuando ya llegaste, abres la puerta y es como entrar al mismísimo infierno... el aire caliente como demonio.

Y ahí está uno, enfermándose de la garganta por los cambios de clima, poniéndose el suéter en la oficina porque luego te hace daño... y sabes muy bien que no hay nada peor que morir de calor y no poder tomar agua helada, coca helada, cerveza helada, agua de lima, un tejuino.

Yo pienso eso, que el calor se nos mete por la piel, nos hierve la sangre y llega al cerebro... se descompone, nos vuelve “locos” y se nos olvida que no está permitido mojar los pies en las fuentes, caminar descalzos por las calles, recostarnos bajo la sombra de un árbol en algún jardín, hablando con un amigo imaginario al que le vale el calor porque se la pasa muy chévere viajando en la mente de algunos trastornados.

Cada tarde se salía de su habitación, se dirigía al patio y comenzaba a cantar melodías alegres y sus lágrimas brotaban cual retoños de rosas y se deslizaban por sus mejillas hasta sus labios resacos y pálidos.

Cuando el sol comenzaba a esconderse entre el horizonte, ella juntaba sus manos y decía en voz baja una oración mientras cerraba fuertemente los ojos, le pedía a una divina fuerza superior que la ayudara a olvidar, sólo eso necesitaba, olvidar.

Era extraña y magnífica, bailaba por los pasillos mientras abrazaba su muñeca de tela, arrullaba entre sus brazos una almohada y la dejaba junto a su cama como si fuera su propia hija, era confuso verla y asimilar sus actos.

Hablaba poco, pero siempre acertaba, era sabia, demasiado,



Impredecible

Guadalupe Coronel

Muchacha en la ventana, Salvador Dalí.

A veces lloraba a escondidas recordando sus penas, su tristeza la cubría con sonrisas y bromas espontáneas, era una víctima de las circunstancias, un alma inocente que fue manchada por la desgracia y aun así, jamás lo demostró.

Por las mañanas tomaba una taza de café sin azúcar, como si lo amargo que bebía le cubriera la sensación que tenía dentro de sí misma, comía un pan duro haciendo crujir sus dientes y desmoronándose nerviosamente sobre sus faldas.

No era mala ni buena, era justa y pecadora, no juzgaba y siempre tenía una palabra de consuelo para los demás, daba su mejor sonrisa al mundo, aunque éste no se diera cuenta de la gran pena que la embargaba.

Nunca la olvidaré, era ella una caja de Pandora que escondía un millón de secretos, una hechicera que me embrujó con sus indescifrables sentimientos, encantadora pero discreta, una amante provocativa que me sacudió el alma con un beso.

Si ahora me preguntan cómo era, sólo puedo responderles que no es fácil explicarlo, creo que nadie podría hacerlo, era una fantasía y una realidad al mismo tiempo, era un reto, una musa y una perdición, era tan sólo: impredecible.

diría yo, jamás conocí a alguien que me pusiera la piel chinita con cada palabra, no sé si la vida le enseñó o si lo aprendió por gusto, pero era más inteligente que cualquiera.

Siempre salía a caminar los domingos, le gustaba sentir el aire fresco en su rostro, tocaba los largos pastizales de la vereda y gozaba cuando de repente comenzaba a llover, parecía una niña jugando bajo el agua fría.

De vez en cuando se enfurecía y gritaba despavoridamente, pero no lo hacía frente a nadie, sino más bien se escondía en el campo y con ello liberaba sus frustraciones y dolores.

No era mala ni buena, era justa y pecadora, no juzgaba y siempre tenía una palabra de consuelo para los demás, daba su mejor sonrisa al mundo, aunque éste no se diera cuenta de la gran pena que la embargaba.

Nunca la olvidaré, era ella una caja de Pandora que escondía un millón de secretos, una hechicera que me embrujó con sus indescifrables sentimientos, encantadora pero discreta, una amante provocativa que me sacudió el alma con un beso.

Si ahora me preguntan cómo era, sólo puedo responderles que no es fácil explicarlo, creo que nadie podría hacerlo, era una fantasía y una realidad al mismo tiempo, era un reto, una musa y una perdición, era tan sólo: impredecible.



En la historia del arte...

Agora



Mujer con mandolina, Georges Braque.

3 de Junio

1924.- Murió Franz Kafka, escritor praguense de origen judío que escribió sus libros en alemán. Su obra está considerada como una de las más influyentes de la literatura universal. Una de las más célebres es *La metamorfosis*.

5 de Junio

1898.- Nació Federico García Lorca, poeta, dramaturgo y prosista español, también conocido por su destreza en muchas otras artes. Adscrito a la llamada Generación del 27, es el poeta de mayor influencia y popularidad de la literatura española del Siglo XX. El universo lorquiano se define por un palpable sistematismo: la poesía, el drama y la prosa se alimentan de obsesiones -amor, deseo, esterilidad- y de claves estilísticas constantes. La variedad de formas y tonalidades nunca atenta contra esa unidad, cuya cuestión central es la frustración. Entre sus poemarios más conocidos: *Romancero gitano* (1928) y *Poeta en Nueva York* (1930); en las obras teatrales: *Bodas de sangre* (1933) y *La casa de Bernarda Alba* (1936).

7 de Junio

1980.- Falleció Henry Miller, novelista estadounidense. Su obra se compone de novelas semiautobiográficas, en las que el tono crudo, sensual y sin tapujos suscitó una serie de controversias en el seno de un Estados Unidos puritano que Miller quiso estigmatizar, denunciando la hipocresía moral de la sociedad norteamericana, criticando de paso el devenir de la existencia humana, desnudando su cinismo y múltiples contradicciones. Censurado por su estilo y contenido provocativo y rebelde en

relación a la creación literaria de su época, sus obras influyeron notablemente en la llamada Generación Beat: *Tópico de Cáncer* (1934), *Primavera negra* (1936), *Tópico de Capricornio* (1939), *Un domingo después de la guerra* (1944), son algunas de ellas.

8 de Junio

1948.- El pintor francés Georges Braque obtuvo el Gran Premio de la Bienal de Venecia; actualmente considerada entre las más antiguas, importantes y prestigiosas exposiciones internacionales de arte contemporáneo del mundo. Junto con Pablo Picasso y Juan Gris, Braque fue uno de los tres creadores básicos del cubismo.

1810.- Nació Robert Schumann, un compositor alemán y un crítico de la música de la época del romanticismo. Es visto como uno de los más grandes y representativos compositores de la historia. Tanto en su vida como en su obra refleja su máxima expresión la naturaleza del romanticismo, siempre envuelta en la pasión, el drama y, finalmente, la alegría. Une la ilustración literaria con una gran complejidad musical, creando obras de gran intensidad lírica.

1869.- Nació Frank Lloyd Wright, un arquitecto estadounidense, uno de los principales maestros de la arquitectura del Siglo XX. Precursor de la arquitectura orgánica, fue el iniciador del movimiento *Prairie School* (estilo de la pradera), desarrollando el concepto Usonian de la vivienda, es decir, una visión particular del paisaje de los Estados Unidos, incluyendo el urbanismo de sus ciudades y la arquitectura de sus edificios. Wright creó un nuevo concepto respecto a los espacios interiores de los edificios, que aplicó en sus casas de pradera, pero también en sus demás obras.



Lo que la lluvia trae

Yunuén Cuevas

La lluvia vaciaba poco a poco las calles de la gran ciudad. Sofía corrió al restaurante que la recibía todas las mañanas, pero en esta ocasión era para resguardarse bajo el cristal de la puerta principal. Sacó su celular para pedir un servicio de transporte privado uber, y al ver cómo los charcos iban creciendo sobre aquel impenetrable asfalto, recordó los bellos momentos que vivió en su pueblo, donde la tierra se transformaba en lodo con sólo coquetearle al cielo. Y en cómo ella y su cómplice jugaban hasta que la luna aparecía tras las montañas.

El sonido de su teléfono celular le hizo voltear a la pantalla que marcaba la llegada de un auto negro; nombre del conductor: Raúl. Al leer su nombre, le pareció aún más raro que coincidiera con el del cómplice que dejó de ver en sus primeros años de adolescente, aquel trágico día. Como si de una película se tratase, recordó los momentos en que jugaban lotería, su primer baile escolar, cuando pasaban horas cortando naranjas de los árboles de la finca de su papá, y cómo la servidumbre se desperdigaba buscándolos. Erán como el azúcar y la sal, tan diferentes, pero que siempre se sirven juntos en la mesa de un restaurante. Así eran Sofía y Raúl.

No había rincón en aquella tierra que no conociera la risa del par. Al menos hasta el día en que Sofía cayó de su caballo al jugar carreras con el de su amigo. La pata del cuadrúpedo se dobló al pisar un surco al lado del camino. La agilidad de Raúl le hizo brincar con la bestia en movimiento y colocarse de prisa de rodillas frente a la

mujer que durante varios años le había robado el aliento.

—Sofía, ¿estás bien? —preguntó con la angustia dibujada en su rostro, mientras sostenía su cabeza sobre sus torneados brazos.

—Sí, sólo que me duele el pie —respondió ella con un quejido de dolor, que aumentó la preocupación en Raúl.

Con prisa quitó la bota que cubría su pie. Bajó la calceta y pudo ver cómo el pie de Sofi iba aumentando de tamaño. Al llegar a la hacienda con ella en brazos, los reclamos no se hicieron esperar. Bastó un solo detalle para separar a aquel par.

Sofía fue enviada a la capital a recuperarse con su tía paterna y estudiar Derecho. Lo que no sabía es que nunca regresaría al lugar que la vio crecer, ni a los brazos del hombre, que sin querer y al pasar el tiempo, no lograba olvidar.

Un destello en el celular la hizo regresar a la realidad, el auto negro se encontraba frente a sus ojos. Abrió la puerta y se sentó en el asiento trasero. —A la calle Noruega, por favor —dijo mirando el espejo retrovisor en busca de los ojos del conductor.

—Hola, Sofi —le saludó una voz conocida.

—¿Raúl? —preguntó con la sonrisa que solía dibujársele de niña.

El torso familiar de aquel hombre se inclinó, abrió la guantera del auto y sacando una calceta roja le dijo:

—Parece que perdiste algo.

—Parece que la acabas de encontrar —respondió ella mientras brincaba al asiento delantero de aquel auto negro que se perdió una noche lluviosa de la gran ciudad.

La carta que recibí propició que el 15 de julio en la estación del ferrocarril de la ciudad de Colima, nos diéramos cita aproximadamente un centenar de adolescentes y jóvenes, quienes cargando mochilas y provistos con equipo de acampado, abarrotamos la sala de espera de la estación ferroviaria. Constantemente observábamos el reloj y volteábamos hacia las vías del tren esperando su arribo de Guadalajara, todo un vagón lo había reservado para trasladar a los grupos participantes hacia Manzanillo. Varios muchachos comentaron que por primera vez conocerían el mar. Cuando escuchamos los pitidos de la máquina que anunciaba su llegada, nos acercamos al andén, en breves instantes pasó frente a nosotros el convoy dejando oír el rechinar de sus frenos para detener a un vagón de segunda clase, otro de primera y finalmente el que nos transportaría a Manzanillo. Se desató el alborozo provocando tal alarido que tuberos y taqueros hasta se olvidaron de sus vendimias. Con mi silbato toqué “reunión de tropa”, extendí los brazos indicándoles a los jovencitos que formaran una fila frente al tren para abordar el vagón que, con el ingreso de todos nosotros, en unos cuantos minutos se vio coloreado con el azul marino de nuestros uniformes. A las 4:45 de la tarde sentimos el tirón de la máquina, el tren lentamente se empezó a mover arrastrando consigo nuestro entusiasmo. Dos horas más tarde, nos encontrábamos descendiendo en la estación de Manzanillo. Coordinándome con los jefes de las delegaciones tocamos los silbatos, levantamos los brazos hacia delante, señalándoles formación en columnas, la tropa se agrupó en dos filas para caminar hacia las instalaciones de la flotilla donde ya nos esperaba el Transporte B-06 “Usumacinta” de la Fuerza Naval del Pacífico. Me reporté con el oficial de guardia, mostrándole la autorización para navegar. La noche empezaba a caer, aproximándose la hora de hacernos a la mar. En lo personal, decidí reposar en el rompeolas. Sentado en el borde de la *escollera* daba un vistazo al entorno de la bahía, divisando los remolcadores y el guardacostas “Santos Degollado”, destacándose la silueta del “Usumacinta”, que se encontraba *atracado* en el muelle de la flotilla, resaltando su luz de navegación de color rojo colocada en la banda de *abor*, que junto con las del faro del rompeolas se reflejaban en la superficie. Al mirar la quebradiza refracción de las luces encrespándose en el agua, su ondulado movimiento me hizo retroceder a los imborrables recuerdos de la infancia cuando jugaba en la pila con mi submarino.



El sueño de navegar*
II/III
Leopoldo Barragán Maldonado

El 16 de julio de 1977, poco antes de la diez de la noche la tropa se acercó al muelle, el oficial de guardia bajó del “Usumacinta” indicándome que por órdenes del comandante ya podíamos abordar. Nos condujo al interior de barco destinándonos las *cuchetas* de babor para dormir, dotándonos de mantas y chalecos salvavidas que los usamos como almohadas. El tiempo seguía transcurriendo, de pronto escuchamos un sonido parecido a la letra A del alfabeto Morse, cuatro veces se repitió el punto raya, y por los altavoces: “izafarrancho de babor y estribor de guardia!”, había llegado la hora de *levar anclas*, pasaba de la medianoche cuando oficiales y marineros empezaron su trabajo; apresurándonos para no perder detalle alguno subimos a la cubierta 01 y desde los reducidos de los cañones de 40 milímetros observábamos la maniobra de *popa*. En el muelle de la flotilla dos marineros soltaban los *cabos* que salían del *cerrado de popa*, mientras que con la fuerza de los *winches* eran *cobradas* aquellas líneas.

El buque zarpó de Manzanillo y con su

cadencioso balanceo se alejó de la costa, recibimos la orden de formar tres grupos para ayudar en las maniobras. Nos tocó en el trozo de *popa* alineándonos junto a unos marineros y se nos encomendó *adujar los cabos*, maniobra que realizamos por la banda babor y de estribor notando cómo íbamos perdiendo de vista las oscuras siluetas de los cerros que cubren la bahía de Manzanillo, percibiendo apenas el titilar de sus luces y los destellos del Faro de Ventanas. Subimos a la cubierta del puente de mando, era una noche cerrada y el firmamento apenas dejaba entrever algunas estrellas, con nuestras lámparas de mano apuntábamos hacia ellas pensando que el haz de luz pudiera alcanzarlas. Mientras la hacíamos de astrónomos, del puente de mando se dejó escuchar melodiosa exclamación: “*irumbooo, rumbooo, rumbooo!*”, pasaron unos instantes y de nueva cuenta: “*irumbooo, rumbooo, rumbooo!*”, al mismo tiempo que el oficial de navegación, empleando el sextante, el compás y las reglas paralelas, trazaba sobre una carta de navegación el curso que

la nave tomaría para llegar a Isla Socorro. Al mirar hacia el horizonte sin distinguir absolutamente nada pensé en la pequeñez de nuestra existencia comparada con la inmensidad del océano. Ya en altamar se apagaron las luces blancas del buque encendiéndose las *luces de combate*, el fulgor de su color rojizo convirtió los interiores del “Usumacinta” en mágica atmósfera que nos condujo al sueño. Dormir a bordo genera sensaciones extraordinarias, me daba la impresión de que el barco aumentaba su velocidad, el ruido continuo de las máquinas y el sonido interminable de las olas impactando el *casco* de la nave se conjuntaban en paradójica y arrulladora sinfonía. Recuerdo que antes de zarpar los oficiales comentaron que harían una “prueba de velocidad”, lo cual significó que tentativamente estaríamos llegando al día siguiente a Isla Socorro.

Durante la navegación se nos impartieron diversas academias para conocer la cultura naval. En grupos bajamos al cuarto de máquinas enseñándonos a grandes rasgos el funcionamiento de las calderas. Esta charla se convirtió en un calvario para los muchachos, el calor, la falta de aire fresco, el cabeceo y balanceo del “Usumacinta” les provocaron mareos, saliendo de inmediato hacia la *borda* de la cubierta principal para deponer el estómago. En el puente de mando nos hablaban de los tipos de navegación: costera, por estima, astronómica y satelital; explicándonos la utilidad de los instrumentos para navegar como el radar, la giroscópica, la caña, el telégrafo, la brújula magnética, así como el procedimiento para sacar un rumbo utilizando cartas de navegación, sextante, compás y reglas paralelas; inclusive nos dijeron qué letras del alfabeto griego emplear en el cifrado de situación: A (alfa) para la demora y distancia a punto, L (lamda) para la latitud, seguida de cuatro cifras, dos para los grados y dos para los minutos, G (gama) para la longitud, seguida de cinco cifras, tres para los grados y dos para los minutos. Cuando nos permitieron sujetar por unos instantes la caña del “Usumacinta” y tratar de mantener el rumbo de la nave fue uno de los momentos más significativos durante la navegación. Al colocar mis manos sobre el timón dándole giros cortos hacia ambas bandas del barco, mirando la brújula para conservar el rumbo y al mismo tiempo observar el cabeceo de la proa del “Usumacinta” sentí una emoción excepcional que trajo a mi mente al “Corsario Negro”. (Continuará)

*Relato ganador del Concurso Literario “Memorias del Viejo y la Mar” (2018), convocado por la Secretaría de Marina.

Los tesoros de mi abuela

Luis Enrique Araoz



Abuelas y nietas Bryullova Sueño, Karl Pavlovich.

Las cosas nos desbordan. Las ordenamos. Se disgregan. Las ordenamos nuevamente y nosotros nos disgregamos.

R. M. Rilke

CUANDO a mi abuela le fue imposible vivir sola, llegó a mi casa con dos mochilas y una caja de zapatos. Era una señora de pocas canas con ojos alguna vez azules, menuda y macinta” les provocaron mareos, saliendo de inmediato hacia la *borda* de la cubierta principal para deponer el estómago. En el puente de mando nos hablaban de los tipos de navegación: costera, por estima, astronómica y satelital; explicándonos la utilidad de los instrumentos para navegar como el radar, la giroscópica, la caña, el telégrafo, la brújula magnética, así como el procedimiento para sacar un rumbo utilizando cartas de navegación, sextante, compás y reglas paralelas; inclusive nos dijeron qué letras del alfabeto griego emplear en el cifrado de situación: A (alfa) para la demora y distancia a punto, L (lamda) para la latitud, seguida de cuatro cifras, dos para los grados y dos para los minutos, G (gama) para la longitud, seguida de cinco cifras, tres para los grados y dos para los minutos. Cuando nos permitieron sujetar por unos instantes la caña del “Usumacinta” y tratar de mantener el rumbo de la nave fue uno de los momentos más significativos durante la navegación. Al colocar mis manos sobre el timón dándole giros cortos hacia ambas bandas del barco, mirando la brújula para conservar el rumbo y al mismo tiempo observar el cabeceo de la proa del “Usumacinta” sentí una emoción excepcional que trajo a mi mente al “Corsario Negro”. (Continuará)

Lamentablemente, no estuve ahí para acompañar a quienes padecieron su partida y no me quedó de otra que lidiar con el dolor a través de llamadas telefónicas y correos dirigidos a mi mamá y hermanos (creo que por esta razón sigo escribiendo sobre ella). Pero cuando tuve oportunidad de regresar a casa, me encontré con la vieja caja de zapatos y, parte por parte, sostuve los tesoros de mi abuela en mis manos. No fue hasta ese momento que comencé a apreciar los objetos que nos acompañan durante nuestra vida; mi abuela habitaba en sus pertenencias. Leer al poeta R. M. Rilke me hizo recordar esto.

En su carta dirigida a su amigo y editor W. Hulewicz, Rilke, reparando en el cambio de las costumbres entre generaciones y la manera de apreciar las cosas escribe: “Casi todas las cosas eran recipientes en que encontraban lo humano y en que ahorraban lo humano”. Luego, critica cómo es que el creciente flujo de importación de objetos americanos deviene en la falta de apreciación frente a las cosas. Sin duda, mi abuela y su muerte me enseñaron que nuestras pertenencias relatan nuestra vida, nuestras obsesiones, nuestros temores y deseos. Hoy en día, veo cómo desechamos todo con gran facilidad, y no se trata de buscar acumular una gran cantidad de objetos, sino de la importancia de darles una historia y fragmentarnos en ellos, por la fuerza con que suscitan recuerdos.

He perdido a seres importantes en mi vida, como todos. Pero más que llorar su ausencia, me ocurre todo lo contrario. Obviamente, no festeje su muerte, pero reconozco en su

partida que “la transustanciación de lo visible en invisible” amplificará su caída en mi pensamiento. Es decir, una vez que la ausencia física ocurre, su esencia se entrelaza con la totalidad de mi mundo y mi forma de transitar en él. Por esta razón, el poeta habla de una *gran unidad* desde donde los “ángeles” nos sobrepujan. Tanto así nos exceden, que ni siquiera ejercemos control alguno sobre nuestras ideas: simplemente ocurren y nosotros reaccionamos a ellas.

Hago una breve digresión: últimamente, diversos hechos me han inducido a reflexionar sobre el tiempo, al grado de debatirme si en verdad vale la pena segregarlo en pasado, presente y futuro. Sin duda, la segregación sirve para organizarnos dentro de esa larga unidad temporal, pero también para preocuparnos. Entonces, en fines ulteriores, todo nuestro “tiempo” estará formado por nuestro pensamiento: ese discurrir de ideas sobre un plano invisible. Por esta razón, me parece irónico que lleguemos a decir “perdi el tiempo” o realicemos cualquier acto para “entretenernos”, puesto que a fin de cuentas todo lo que ocurre en esa gran bóveda ideológica tendrá gran importancia en nuestra vida, ya sea ver el vacío o sostener por horas objetos valiosos como lo hacía mi abuela.

Es aquí donde encuentro conveniente retomar las palabras de Rilke: “La naturaleza, las cosas de nuestro trato y uso, son provisionalidades y caducidades, pero en tanto estamos aquí, son nuestra posesión y nuestra amistad, son cómplices de nuestra necesidad y nuestra libertad, lo mismo que fueron antes íntimas de nuestros antepasados”. Por ello el poeta habla de una *gran unidad*, puesto que resulta imposible aislar una cosa visible de toda la invisibilidad que la rodea, es así como adquiere un rango más alto de realidad.

Mi abuela estaba a dos pasos de la ceguera, pero sabía quiénes eran aquellos retratados en sus fotografías. No le importaba no poder ver bien el retrato, ni identificar los trazos que sus nietos le dibujaban, para ella, estas cosas funcionaban como llaves para abrir las puertas de su refugio interno. Me gusta pensar que mi abuela es un ejemplo de un “ángel” como Rilke lo plantea: poco a poco esta persona fue deshaciéndose dentro de sus recuerdos hasta volverse invisible y, por lo mismo, más real. Su silencio de los últimos años fue parte de todo este proceso para volverse infinita siempre y cuando exista alguien que la recuerde. Ahora sus cosas tienen un lugar en mi casa, yo voy y las sostengo, las ordeno, siento el peso de tantísimos recuerdos ajenos que nunca me fueron contados, y me disgrego. Me disgrego de manera lenta y consciente para integrar sus tesoros y mis recuerdos sobre ella en mi tiempo.

Viajar es volar también

Grace Licea

Camino por una senda
aroma a especies
niños y niñas juegan
a la pelota en un campo de tierra
pasa el tren verde pasto
vibra la vía férrea
arriba el sol ha llegado a coronar
la bóveda celeste
camino por una senda
es mi senda, la senda que yo elegí
las mujeres caminan a un lado
con cántaros de fresca agua
bajo mis pies el vapor es caliente
camino por la senda
y no sé dónde termina
pero veo, veo con un tercer ojo
el amor está conmigo.

Una tarde

León Mendoza

Me gusta subir las graderías
por el brillar de sus barandas
Que he de habitar con mi catástrofe
Adentrarme en su selva de museos,
Asfixiar justo la garganta con su cigarro
Alucinar con su café negro vertido
En el palacete de disipación,
miro en suspenso a la chica
Que pasea su distracción por el lugar.
Afuera sigue cayendo
el sodio amarillo como el enfado
Un ulular de céspedes teje su trama
Hasta la contrafachada de los edificios.
La linda mesera me pregunta
si quiero tomar más café
Luego de darle el sí, he quedado
al borde de lo que puede ser.
Deshaciéndome del aire frío
atorado en los pulmones.
Fumo, en el recinto de una
cultura soñada.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA



Un disparo imprudente

Don Manuel Sánchez Silva

(2 de julio de 1961)

HA sido en Colima una vieja costumbre oficial ofrecer en los salones del Palacio de Gobierno una “recepción” a los sectores sociales de la ciudad la noche de cada 15 de septiembre, en que, a las once de la noche, el Gobernador del estado vitorea a los héroes de la Independencia desde el balcón central del edificio, acompañado de funcionarios y particulares de significación. Después de la ceremonia tradicional, el acto cívico se convierte en fiesta.

En 1922 era gobernador don Miguel Álvarez García, a quien sus innumerables amigos y el pueblo en general llamaban cariñosamente *Capacha*, nombre de una de las haciendas que poseyó la familia del Mandatario. Alto y robusto, de facciones varoniles y arrogante postura, atrevido y simpático, gran bebedor y excelente caballista, mujeriego y gastador, Capacha encarnó el prototipo del viejo ranchero acomodado, de hidalgo abolengo y cordialidad democrática, todo lo cual se conjugaba para hacerlo irresistible al bello sexo y para mantener el fanatismo de sus partidarios políticos.

Al terminar la “recepción” del 15 de septiembre de 1922, a eso de la una de la mañana del día siguiente, don Miguel y un grupo de amigos se trasladaron a la cantina El Paraíso, que don Juan Zenizo regenteaba en un local del portal Medellín. En el grupo figuraban Enrique Rivera Quevedo, José María Avitia, Agustín González, Daniel del Toro, Miguel García Topete Jr., José Quevedo, José M. Rendón, Heliodoro Fuentes y otras personas más. Llovía “a cántaros”, y como consecuencia de un desperfecto sufrido en las líneas de la Compañía de Luz, se había interrumpido el servicio, por lo que don Juan iluminaba su establecimiento con velas y “quinqués” de amarillentas luces.

Don Miguel y sus amigos tomaron asiento en torno de dos mesas previamente unidas y pidieron coñac, la prócer bebida que se mantuvo en el gusto de los viejos bebedores hasta ser desplazada por el insípido whisky, ahora en boga. Y continuó transcurriendo la noche, entre chistes y ocurrencias, sabrosas anécdotas y comentarios políticos. Fuera, guareciéndose en el portal, se encontraba una escolta de soldados federales, al mando del entonces mayor José Venegas, jefe del día en esa fecha.

Venegas era un hombre joven, enérgico, atento y amistoso... cuando está en su juicio, pero esa noche había bebido y en esas condiciones se volvía agresivo y peligroso.

Miguel García Topete, de genio alegre y zumbón, había quedado inmediato a José Quevedo, propietario de una farmacia en la Calle Real, donde actualmente funciona la Casa Rubio, y habiendo advertido casualmente que su vecino de asiento llevaba pistola, a pesar de ser hombre de pacíficos antecedentes, tuvo la diabólica idea de azuzarlo para que la disparara. Quevedo extrajo ingenuamente el arma para mostrarla y Miguel lo increpó:

-¡Las pistolas son para los hombres, Quevedito! Y para demostrarlo, hay que “hacerlas cantar”. O tiras con ella o déjamela para hacerlo yo, si tú no tienes valor para



hacerlo...

Al sentirse herido en su amor propio, Quevedo levantó el arma sobre su cabeza y disparó al techo, lo que provocó general regocijo, excepto en el mayor Venegas, que entró precipitadamente, pistola en mano y seguido de su escolta.

-¿Quién disparó aquí? -preguntó con el semblante descompuesto y la voz trémula por la ira-. A ver, ¿quién fue el tal por cual que hizo fuego? ¡Entréguenme la pistola!

Venegas tenía suficiente tiempo en Colima para conocer a todos los circunstantes y ser conocido de ellos, por lo que algunos se levantaron tratando de apaciguar al militar, explicándole que lo ocurrido carecía de importancia, pero el mayor no escuchaba razones. Ordenó a sus soldados cortar cartucho y amenazó con llevarse detenido al grupo. Don Miguel, que impávido había presenciado los acontecimientos, se puso de pie, y tomando rápidamente con su mano izquierda la diestra de la de Venegas, le colocó su pistola en el pecho, a tiempo que le decía:

-Se está usted dando más importancia de la que tiene. Esto es un asunto de policía que no le incumbe a la federación. Y no se le olvide que yo soy el Gobernador. O manda

usted retirar a su gente o le jalo al gatillo. Escoja y pronto.

Lo anterior, dicho casi en voz baja, pero recalcando palabras, en la que se advertía una secreta contrariedad y una resolución absoluta, tuvo el poder de cambiar la situación. Venegas miró a los ojos a *Capacha* y advirtió los rasgos hombrunos de su fisonomía, su mirada fría cortante, como una hoja de acero, y seguramente comprendió que en la vida no siempre se gana.

-¡Está bien, señor Gobernador!... Y enfundando su arma, ordenó media vuelta a los hombres de la escolta, disponiéndose a hacer lo mismo.

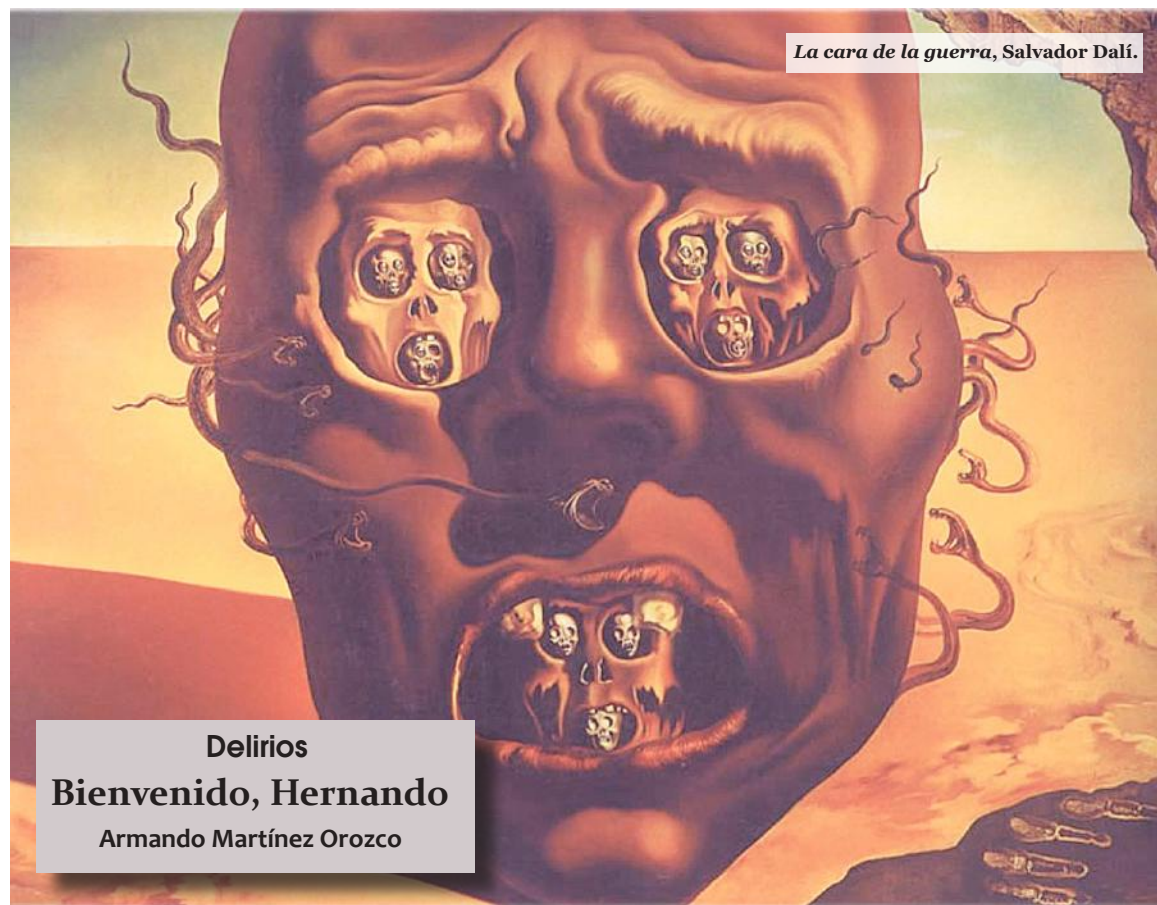
-¡Un momento, mayor! -terció Miguel García Topete con el gracejo que le era peculiar-. Esta es una rueda de amigos y todos lo son de usted. ¿Quiere tomarse una copa con nosotros?

-¡Con mucho gusto, hombre!

-Pues siéntese y a otra cosa.

Y ahí se amanecieron todos.

* *Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima.* †



PROBABLEMENTE hoy escribiré, hablaré con su mujer sobre la enorme luna o acerca de cómo brillan más a las tres de la mañana las estrellas y no a las 12, cuando acecha el sueño de pronto y da sus primeras señales de vida, bostezos y después se va.

No lo conocen en el bar como Hernando, sino como Ferdinando. ¿Será porque estos días ese hombre alegre de panza mediana que brillaba con él su mirada si hablaba del Instituto de Estudios Universitarios, sus colegialas, sus doctos profesores, no está más en las peleas de boxeo, no cierra ranchos enormes para gritarle a su gallo entre tequilas de fuego que le dé un navajazo al otro, que brinca de braverío y se revuelca pero está otra vez en la pelea?

A pesar de todo, nunca está solo. Nunca y sobre todo desde aquel horrible día. Antes o andaba con tranquilidad por la calle con uno o dos discretos guardaespaldas, desde entonces uno veía su jubilación inminente, su lenguaje corporal relajado. Si no hace suya la victoria, esta semana, como las anteriores, caminará con sigilo, acaso con comprensible temor.

Todavía mira sereno a los ojos a quien se le pone en frente. Y sonríe, pero no intenta ya el total desprecio de cuando brillaba la juventud, y su saludo es mansedumbre, no existe brío en un estar de ser terrible. A pesar de todo, todavía están los que lo quieren y es porque en verdad lo quieren y van a respaldarlo incondicionalmente. Esos son los de este lado.

Si usted se siente muy fuerte, puede intentar el mirarlo fijamente, o por encima de su vaso de whisky. Habla tan rápido como puede, no imponiéndose, pero usted bajará la mirada.

Papá siempre habló muy bien de él, y no se refería a él como a ese empresario exitoso, pleno de lujos discretos, capaz de viajes de fin de semana a cualquier parte del mundo sin el mayor problema, hablaba de su saludo firme, como de un amigo estimado, casi un colega de infinitas batallas.

Sin embargo, uno puede sentirse seguro a su lado, como de pronto embargado de poder, de fuerza, en su saludo ahora un poco débil. Eso lo transmite como que le naciera del alma.

Mucha gente, también, vamos a decirlo, siente una profunda malquerencia por él, hablan no se imagina qué sarta de cosas, de impropiedades cuando apenas cierra la puerta de su camioneta, y se ríen. Y usted sin saberlo.

Cuando todavía era yo muy niño, en Navidad recibíamos canastas enormes de vinos, sardinas de no sé qué país impronunciable, cacahuates saladísimos y hasta hace poco sólo una botella de tequila, como a salud de la nostalgia por los buenos tiempos.

Cuando estaba en la preparatoria, supe que esos regalos navideños los enviaba él por medio de su empresa, y que cada vez eran menos porque esa empresa envejecía y también él mismo, que ya no era aquel hombre que de un palmazo en la mesa solucionaba los problemas de esta jodida ciudad.

La otra vez, quizá el domingo, lo encontramos en un restaurante discreto, de poca monta.

Dijo a mi padre:

-¿Cada cuál a lo suyo o lo abandonamos? ¿Salto al abismo por quien se va o apuesta usted por la renovada fuerza que se queda?

Nunca entendí muy bien a qué se refería. Estaba de nuevo en el juego.



Reflejo

Jazmine González

Espero a la sobra del llanto
un loro me silba al oído
vuelvo el rostro
y ahí veo su talante
fornido como ave de rapiña
El Karma pregunta mi nombre
Sin contestar, elevo mi voz
tan alto que le aturdi
Estos pocos pesos no son suficientes
para pagar la deuda que tengo
apenas una jornada de vida entera
Baja mi corazón y lejos del puente
que pensé era mi nombre
descubro la zozobra
Me asombro, me aquejo
tumbo la rutina del caballo desnudo
Alzo la mirada
Te evado mil veces

Ese rostro que jamás conoceré
me mira por el espejo
Con halagos y desprecios
acompañá en todos mis secretos
Le digo que le quiero
mientras le miento y desprecio

Quisiera poder abrazar el anzuelo de luto
Hoy vistió de negro porque
es el único color que le va bien
Y a mí me es indiferente
Claro
Rasga mi espíritu
El intelecto queda intacto
¿Cómo decían aquellos pensadores
de corte profunda con pelos en la lengua?
Me platicaban que se trata de lo mismo
Me río y brota una lágrima
Sigo sin saber si me mintieron
“Conócete a ti mismo” es la máxima
Mientras tanto, yo sigo mi camino.